

LA CRISIS DE LAS IDEOLOGÍAS Y LA REINVENCIÓN DE LO POLÍTICO EN EL SIGLO XXI

Publicado en Revista Diecinueve, Ciudad de San Juan; Marzo 2006

*Dr. Alberto Montbrun**
www.albertomontbrun.com.ar

La cuestión de la crisis de las ideologías, del desdibujamiento de los partidos tradicionales y de la admirable habilidad de algunos líderes políticos para pasar de un partido a otro, así como la proliferación de nuevas etiquetas y sellos, son visualizadas por muchos argentinos como fenómenos negativos o disvaliosos. Sin embargo, sugerimos que son parte de una transformación más profunda de la política, de la que tenemos que hacernos cargo.

Hasta el siglo XIX, sólo el liberalismo político y económico podían considerarse “ideologías” en los términos modernos del pensamiento político, aunque ya comenzaba a manifestarse la reacción que daría lugar al conservadurismo. Este último se erigió en un sistema de ideas que, aunque nostálgico de las viejas monarquías, era capaz de ser respetuoso de los principios del liberalismo, aunque partidario de una evolución gradual de los procesos. También las groseras desigualdades sociales generadas por el capitalismo, sumadas a la aparición de una nueva clase social que no existía en la época de la revolución francesa –el proletariado industrial– dieron lugar al socialismo primero, luego al marxismo y finalmente a la doctrina social de la iglesia, incorporándose el dato crucial de una intervención más activa del Estado y de los grupos intermedios en la gestión de la convivencia.

Ese proceso de surgimiento y cristalización de las ideologías, junto a la progresiva universalización del sufragio –que al principio estaba limitado a quienes eran propietarios, luego a todos los varones y finalmente a las mujeres también– se tradujo en la instalación en el centro de la escena del actor fundamental de los procesos políticos en el Estado moderno: el partido político. Los partidos políticos se convirtieron en los grandes intermediarios entre el Estado y la comunidad y su irrupción dio lugar a un modelo de democracia que en nuestros días se encuentra en plena y revulsiva crisis: el modelo “delegativo partidocrático”. Las principales características de este modelo político son:

1. El pueblo es titular originario del poder pero no lo ejerce directamente, sino que lo delega en sus representantes.
2. Los partidos políticos ofrecen “programas de gobierno” basados en unos sistemas ideológicos rígidos, prescriptivos y predominantemente cerrados a cambio del voto del colectivo social. Estas ideologías juegan un papel fundamental en el etiquetamiento del colectivo social, de manera tal que es muy bajo el número de electores que no se sienten vinculados a algún partido político.
3. Los partidos monopolizan totalmente el acceso a los cargos públicos. Los ciudadanos independientes no pueden acceder a cargos electivos salvo que un partido los proponga.

* **Doctor en Derecho y Ciencias Sociales. Profesor de Derecho Político y Derecho Público Provincial y Municipal; Facultad de Derecho, UNCuyo.**

4. Los partidos políticos tratan de diferenciarse entre sí tomando como propios determinados valores que son visualizados positivamente por la sociedad: justicia social; menor presión impositiva; mejor redistribución del ingreso; plena vigencia y respeto por los derechos humanos; pleno funcionamiento de la democracia y la división de poderes; un Estado de tamaño adecuado y no excesivo; respeto a tradiciones locales, provinciales o sectoriales; etc. etc.

Este modelo delegativo partidocrático operó en plenitud a lo largo del siglo XX y fundamentalmente en el período inmediatamente posterior a la segunda guerra mundial. En este modelo, cuando la gente votaba, votaba un programa de gobierno, es decir un repertorio de medidas concretas que se adoptarían. El que ganaba, lo ejecutaba y el que perdía se reservaba como crítica y alternativa de poder para la próxima elección.

Ya en la década de los 80 este modelo entró en una crisis profunda. Y estas fisuras se agravaron con la caída del sistema soviético en 1989. El esquema del mundo de posguerra había quedado definitivamente atrás y nuevos elementos claves de la sociedad moderna y globalizada, hicieron que el modelo tradicional ya no funcionara adecuadamente. Para mencionar solo algunos, señalamos:

1. El cambio vertiginoso del contexto mundial –en contraposición a la relativa estabilidad de la sociedad industrial– que hace que los programas rígidos y dogmáticos carezcan de flexibilidad y capacidad de adaptación.

2. El incremento exponencial de la información que genera constantemente nuevas respuestas técnicas y científicas y nuevas herramientas de análisis.

3. Una menor estratificación social y una mayor diversidad de grupos y sectores de interés en el colectivo social, que rompe los etiquetamientos propios de los niveles sociales de la sociedad industrial (asalariados, propietarios, clase media, profesionales, etc). Ahora, la riqueza de la variedad reclama respuestas diferenciadas y ad hoc.

Por otro lado, los valores que históricamente encarnaba cada partido resultan ahora compartidos en general por la inmensa mayoría de la sociedad y ninguno de nuestros partidos dejaría de suscribirlos, al extremo que los neoliberales se preocupan por la redistribución del ingreso y los socialistas preservan –donde les toca gobernar– un Estado eficiente y de tamaño adecuado, además de promocionar la actividad privada.

El caso de Chile es un ejemplo extraordinario de esta comprensión de los procesos. Hace veinticinco años, difícilmente un socialista y un demócrata cristiano podían sentarse a tomar un café, tales eran las diferencias ideológicas que los separaban. Sin embargo, desde hace más de una década gobiernan en fecunda coalición

El reciente caso de Israel es aún más significativo. Ariel Sharon inventó el partido del Likud, como corriente de derecha opuesta al socialismo. Al mismo tiempo, el ex primer ministro Shimon Peres es tal vez uno de los representantes más fidedignos del socialismo que virtualmente construyó el moderno estado de Israel. Históricamente, desde el punto de vista ideológico manejó posiciones nítidamente opuestas al Likud. Sin embargo, ambos fueron capaces de renunciar a sus tradicionales partidos y unirse en uno nuevo, el Kadima –que en hebreo significa “avancemos” o “progresemos”– que lo que pone en valor no es programático o ideológico sino de pura praxis política: cómo construir la paz en la región.

Recientemente, asombra también el caso de Alemania por lo que tiene de paradigmático. Es que desde la segunda guerra mundial, socialdemócratas y social cristianos ocuparon los espacios de centro izquierda y centro derecha respectivamente y se alternaron democráticamente en el poder. Ya con la caída del muro de Berlín, en 1989, demostraron una alta conciencia cívica al unirse para gobernar en alianza la vieja Alemania oriental. Ahora, luego de una muy pareja elección, conforman una alianza para gobernar toda Alemania.

La propia democracia se redefine. Hoy la democracia no puede ser concebida como un sistema a través del cual unas personas son elegidas para acceder al poder y gobernar por un tiempo sin recibir instrucciones o mandatos imperativos de nadie. Al contrario, la participación activa y militante de la sociedad se verifica en forma creciente.

El artículo 22¹ de nuestra Constitución Nacional, nos guste o no nos guste, está muerto de toda muerte. Hoy, el pueblo, delibera, gobierna, juzga, condena, voltea ministros o presidentes, arresta delincuentes y se equivoca con la misma frecuencia que nuestros gobiernos y que cada uno de nosotros, porque cometer errores y equivocarnos es propio de nuestra índole humana.

¿Que esto puede asustarnos o parecernos mal? Puede ser, pero son datos insoslayables para quienes desean aportar a una reingeniería de la convivencia y a una resignificación de la democracia.

Decíamos que los valores, que antes eran propios de cada partido y de cada sistema ideológico, ahora son realmente transversales a toda la comunidad. Por eso cuando hablamos con un joven que se reivindica como radical, o con uno que se reivindica como peronista o con una chica que se define como bloquista o demócrata y los escuchamos, descubrimos que piensan muy parecido. Y si vemos en la Legislatura a un legislador radical, a una legisladora peronista o demócrata o bloquista y los escuchamos sin saber a qué partido pertenecen, también descubrimos que son muy parecidos y que sólo pueden diferenciarse apelando al pasado o a una retórica vacía de contenidos que sólo apela a la emotividad.

Es que en el pasado todo nos desune, pero sólo cuando buscamos construir visiones de futuro somos capaces de coincidir y concebir entonces, las necesarias visiones compartidas que auspician verdaderas “políticas de Estado”.

Aclaremos que la desaparición de las ideologías rígidas, programáticas y prescriptivas no implica la desaparición de los valores, de los principios y de los escrúpulos en la política, ni mucho menos.

Por eso mismo, así como las ideologías fueron el soporte fundamental de la política a lo largo del siglo XX, ahora el insumo crítico de la política, además de los valores, es la ciencia. Ya no se puede gobernar desde la improvisación o el discurso. Ahora, los líderes deben capacitarse en la gestión de la complejidad y en ese contexto, el saber científico readquiere un papel fundamental. Por ello, en los países adelantados, las Escuelas de Gobierno forman a los líderes políticos en estas nuevas concepciones.

¹ Art. 22. – El pueblo no delibera ni gobierna, sino por medio de sus representantes y autoridades creadas por esta Constitución. Toda fuerza armada o reunión de personas que se atribuya los derechos del pueblo y peticione a nombre de éste, comete delito de sedición.